

## **HOMENAJE AL PROF. POMPILIO MARTINEZ**

**DISCURSO DEL PROF. PEDRO ELISEO CRUZ**

Señor Rector de la Universidad, señor Decano de la Facultad de Medicina; señores Profesores, señores:

La Facultad de Medicina quiere rendir esta noche un homenaje a la memoria del insigne maestro, doctor Pompilio Martínez, con motivo de la colocación de su retrato en este salón Rectoral.

Al asignarme el señor Decano la honrosísima comisión de llevar la palabra en representación de las Directivas de nuestra Facultad, no reparó en mis aptitudes negativas para ello; solamente se guió en el pensamiento nobilísimo de que esta designación recayera en el más genuino discípulo del Profesor Martínez, que así puedo considerarme con orgullo, ya por haber recibido toda mi formación quirúrgica y una gran parte de mi formación espiritual a la sombra del venerado maestro, como por haberme tocado en suerte la más valiosa herencia a que pueda aspirar en mi vida: la herencia de su cátedra de Clínica Quirúrgica y de su Servicio Hospitalario de San Juan de Dios.

Delicada empresa la de abarcar en rápida visión panorámica la vida entera, sencilla pero fecunda y gloriosa, de Pompilio Martínez. Su solo nombre es emblema de superación y de grandeza; cubre con sus radiaciones toda una época de nuestro desarrollo científico; se extiende por los ámbitos más lejanos del país y rebasa las fronteras patrias como el representativo típico del cirujano colombiano.

Analizar siquiera uno de los diversos aspectos de su actividad exigiría un extenso volumen; cuántos no pedirían contemplar en conjunto to-

das las facetas de su personalidad inconfundible, austera y apasible en su vida privada y social; recta y desinteresada en el ejercicio de su profesión; sagaz y lógica en la concepción de su criterio clínico; serena, tranquila y segura cuando, con el escalpelo, trazaba sobre el paciente la rúbrica de la salud; sapiente y luminosa en la exposición de los problemas clínico-quirúrgicos en su cátedra de maestro verdadero; ecuánime, severa y a la vez paternal en el desarrollo de su labor rectoral, allegando los medios materiales y los recursos espirituales adecuados a encauzar por la senda del progreso los estudios universitarios.

Me he propuesto, por ello, bosquejar a grandes rasgos su personalidad como cirujano, por ser su aspecto más saliente y conocido y por llevar consigo el proceso de la gestación y del desenvolvimiento de nuestro avance quirúrgico.

Asomémonos por un instante a las puertas de la historia: Poco tiempo después de obtener su grado en esta Facultad, en las postrimerías del pasado siglo, hizo el doctor Martínez su primer viaje a Europa. Estudió en París varias ramas de la Medicina, dedicándole especial cuidado a la anatomía patológica, a la Clínica Infantil, a la Oftalmología y a la Medicina Operatoria que llamó poderosamente su atención, aprendiendo de Gosset algunas de las nuevas técnicas de la Cirugía abdominal. Visitó también los hospitales de Berlín y de Viena y regresó a nuestra capital en los comienzos del presente siglo.

Ardía todavía entre nosotros la lucha fratricida, arrastrando en su vorágine las juventudes todas de los dos viejos partidos políticos. El doctor Martínez acudió a prestar sus servicios en las ambulancias del gobierno, y allí tuvo ocasión de comenzar a poner en práctica los conocimientos recién adquiridos en la metrópoli francesa. No puede, sin embargo decirse, como se ha afirmado, que fuera en los campos de batalla donde el doctor Martínez se hiciera cirujano. Los recursos quirúrgicos de las ambulancias eran asaz rudimentarios; no se disponía entonces de mesas operatorias, ni de instrumental adecuado, ni de medios de asepsia, requisitos indispensables para llevar a cabo intervenciones de alta cirugía. La práctica quirúrgica de las ambulancias era casi toda de emergencia, restringida, como es obvio, al cuidado de las heridas, excepto algunas amputaciones y desarticulaciones de urgencia, ligaduras vasculares, extracción de proyectiles y en fin, lo que era humanamente posible y estrictamente necesario en esa vida azarosa, inestable y nómada de nuestros campos de combate.

Y es esto tan eviente que, pasada la guerra, el doctor Martínez acariciaba el proyecto de iniciar el ejercicio de su profesión en uno de nuestros centros de provincia y solamente cediendo a repetidas instancias del gobierno nacional y de su maestro, doctor Josué Gómez, el Profesor Martínez se sometió a aceptar la cátedra de Clínica de Patología General, que luégo hubo de cambiar por la de medicina operatoria y, en seguida, por la de Clínica Quirúrgica.

Comienza así la verdadera carrera quirúrgica del maestro y, a tiempo con ella, la éra del progreso de la cirugía entre nosotros.

En los abandonados claustros del antiguo Hospital de San Juan de Dios, de gratísima recordación para todos los que en él hicimos nuestros estudios clínicos, deben resonar aún las voces de los queridos maestros casi todos desaparecidos en el insondable abismo de la eternidad; Agustín Uribe, Lombana Barreneche, Guillermo Márquez, Zoilo Cuéllar Durán, Eliseo Montaña, Gabriel Camero, Miguel Canales, José Ignacio Uribe, Juan David Herrera, si he de referirme a los que actuaron en mi época estudiantil y cuya imagen conservo, vívida e imperecedera, en mi memoria. Para ello deshojo en este instante los pétalos simbólicos de mi gratitud y mi cariño.

Nos quedan unos pocos: los meritísimos maestros Roberto Franco, Rafael Ucrós, Celso Jiménez López, Julio Manrique, Carlos Esguerra, José Ignacio Barberi, Nicolás Buendía, José María Montoya, que honran a nuestra Facultad como Profesores honorarios y que, junto con el actual grupo de maestros, continúan la trayectoria que iniciaron en su asocio, los que ya fueron llevados por la muerte.

Un reducido núcleo de hombres animosos, a cuya cabeza marchaban el Profesor Martínez y el Profesor Ucrós, luchaba tenazmente en esos viejos claustros por implantar en los servicios quirúrgicos las normas recientes, llegadas en las publicaciones del antiguo continente. Luchaban contra el medio ambiente, contra la escasez de recursos materiales; contra la fuerza de inercia, encarnada en las entidades superiores, ajenas al naciente movimiento; contra el justísimo temor de los enfermos, y contra los prejuicios pseudo-humanitarios de las directivas hospitalarias y eclesiásticas y de algunos de sus propios compañeros.

Era todavía la época de la pre-asepsia: se trabajaba sin guantes de caucho, sin blusas esterilizadas, sin mesas operatorias y con un equipo de instrumental rudimentario. No había autoclaves, ni esterilizadoras; los instrumentos operatorios y algunas compresas eran hervidos en vasijas

ad-hoc, y era de ver a los mismos profesores disponiendo y preparando las ollas esterilizadoras en las hornillas del Hospital, junto con la Hermana Claver, la más eficaz y entusiasta colaboradora en esa obra.

Cuando, después de alguna intervención quirúrgica, el enfermo fallecía, las salas hospitalarias se despoblaban hasta no quedar en ellas sino los inválidos. Surgían entonces las amonestaciones contra las audacias del pobre cirujano, que pacientemente esperaba que pasase el chaparrón para recomenzar pausadamente la reconquista del personal hospitalario. Era muy natural que los fracasos abundasen en las adversas condiciones de esos tiempos, y hay que tener un coraje y una decisión a toda prueba, como las tuvieron aquellos hombres, para mantener, no obstante, enhiesta y firme la bandera de la renovación y del progreso.

Éxitos favorables empezaron a fructificar. Por fuera de San Juan de Dios, en casas particulares, se realizaron algunas intervenciones de Cirugía abdominal, que constituían un acontecimiento social de la importancia de una boda, con el obligado cortejo de invitados que colmaban los patios y habitaciones de la casa y de curiosos congregados en la calle en espera de noticias y consejos. Los viejos cirujanos de la pre-guerra, y algunos nuevos, fueron tomando parte en este movimiento. En el apartado y silencioso caserón de El Campito tuvo lugar la génesis del núcleo que más tarde germinó en la Sociedad de Cirugía, impulsora vital de la magnífica organización que hoy admiramos bajo la denominación de Hospital de San José.

Una tentativa más seria de Clínica particular para atención de los enfermos quirúrgicos fué llevada a cabo por el Profesor Martínez, en asociación del doctor Roberto Sanmartín, el año de 1906. Aunque de duración efímera, esta clínica marcó un período de transición, pues erigió el uso obligatorio de las blusas operatorias e instaló esterilizadoras apropiadas. Trabajaba como practicante en ellas Joaquín Leal, de aptitudes quirúrgicas notabilísimas, que desgraciadamente fueron malogradas por la muerte, cuando comenzaba a cosechar apenas sus primeros triunfos. Su tesis de grado titulada "Asepsia y Antisepsia en Bogotá" era un estudio crítico de las deficiencias corrientes entonces en los medios quirúrgicos capitalinos.

Un grupo de estudiantes de últimos años de medicina, en el cual apuntaba ya la personalidad varonil y recia de Manuel Vicente Peña, fundó en 1907 la primera Sociedad de practicantes. Allí se trabajó la primera mesa operatoria, el primer autoclave de esterilización y los demás ele-

mentos primordiales de instalación quirúrgica, que marcaron un paso hacia adelante en relación con la asepsia operatoria, factor indispensable para el avance de la cirugía. Aquel ambiente de la Sociedad de practicantes; aquel roce constante con nuestros cirujanos, que permitía palpar vivamente las inconveniencias de la cirugía a domicilio fueron incubando en el ánimo inquieto y diligente de Peña el proyecto que cristalizó en la fundación de su clínica particular, precisamente en el año en que la ciudad festejaba el centenario del grito de su independencia.

La clínica de Peña llegó a ser así la precursora de los modernos institutos quirúrgicos de que se enorgullece esta capital y la porta-estandar de los conceptos, nuevos todavía en ese entonces, de la más severa asepsia. Sus patios soleados presenciaron el desfile de lo más granado de nuestro mundo médico, y en su clara y amplia sala operatoria llevaron nuestros cirujanos a la realidad el anhelo constantemente perseguido a arrebatar a la muerte muchas vidas, mediante la ejecución de intervenciones de la más alta cirugía.

Es por demás interesante —y a la vez melancólico— contemplar el álbum de retratos de aquel tiempo. Pompilio Martínez, Ucrós, Roberto Franco, Eliseo Montaña, Arcadio Forero, Tirado Macías, Patrocinio Díaz, Manuel V. Peña, Leyva Pereira, Vargas Suárez, en la plenitud de su juventud exuberante; los rostros de barba a la francesa de Julio Z. Torres, de Machado, de Canales, en simpático contraste con las caras juveniles de Jorge Bejarano. Emilio Piedrahita, Martín Méndez, los hermanos Peñas y Guillermo Albornoz, el anestesista de más fama que haya surgido en la ciudad.

En ese ambiente propicio escaló Pompilio Martínez la más alta cumbre entre nuestros cirujanos, dominio quirúrgico que desde entonces continuó en trayectoria ascensional, que solamente pudo ser tronchada por la muerte. En su clínica particular que —símbolo bienhechor— fundara a tiempo que se extinguían los ecos terríficos de la hecatombe europea, así como en su servicio hospitalario de San Juan de Dios, las manos prodigiosas del maestro arrancaban diariamente frutos de dolor, que entregaban convertidos en ofrendas de salud y de esperanza.

Porque Pompilio Martínez poseía en sumo grado las cualidades y características del cirujano. No es cirujano quien lo pretende ser, sino el que está dotado naturalmente de las aptitudes para serlo. Puede un individuo conocer completamente las diversas técnicas operatorias y haberlas ejecutado hasta la saciedad; si no dispone del temple y del control ner-

vioso necesario y de una capacidad artística inmensa, no será nunca un cirujano.

El cirujano es un artista que, igual que el escultor, está plasmando la materia, pero una materia viva y palpitante. Para la ejecución de una obra de arte, el hombre concentra sus facultades espirituales todas hasta llevarlas a un nivel casi sobrehumano; se aísla, por decirlo así, del medio ambiente, y el subconciente, liberado de sus trabas exteriores, dueño y señor en este instante, se apodera de todas las conexiones musculares y nerviosas para controlar su intensidad y dirección precisas, haciendo así posible el alma misma del artista venga a plasmarse en la materia inerte.

Por esto en el artista la producción es de ordinario caprichosa, desordenada y, en lo general, independiente de su propia voluntad. El cirujano no produce sus obras cuando quiere, sino cuando está obligado a hacerlo; sus raptos de concentración son más frecuentes y, así, el desgaste anímico es más poderoso y persistente, lo que lleva consigo de modo inexorable una influencia fatal que mina su vitalidad.

Se añade, además, en este caso, el justo sentido de la responsabilidad; el cirujano está luchando con la vida y está luchando con la muerte, en un balance escalofriante que habrá de llevar a la salud o a la tragedia.

Como guerrero en el campo de batalla prepara cuidadosamente el plan de acción, elige la oportunidad precisa y atiende a los más mínimos detalles, decisivos en ocasiones para el éxito, el cirujano ha de estar también preparado para hallarse de repente con lo inesperado e imprevisto; cambiar su plan de ataque, ordenando las fuerzas por senderos que se apartan de los cánones clásicos, siendo entonces cuando sus facultades creadoras asumen las mayores proporciones. Debe saber medir y calcular; saber temer y detenerse a tiempo; saber aventurarse con audacia en las encrucijadas de los tejidos vivos, con alma serena y mano firme; saber sacrificar su orgullo personal al interés inmanente de quien le confió su vida y su salud, poniendo además el toque artístico que selle y rubrique su labor.

Estas cualidades estaban singularmente desarrolladas en el gran maestro. Ninguno como él gozaba de ese fino sentido muscular que hacía de sus dedos instrumentos dóciles y sabios. Con admirable intuición sus manos laboraban en los sitios de peligro ante el ánimo suspenso de los espectadores que, temerosos de que estallase la catástrofe en el campo operatorio, las veían de improviso surgir triunfadoras, señalando su victoria, cual grito ritual, su tic característico.

Su potencia creadora lo impelía a separarse con frecuencia de las normas consagradas de la técnica quirúrgica, que nunca fueron en él dogal de esclavitud, sino cimientos sobre los cuales edificó su propia escuela operatoria, que lo hizo inimitable.

Dotado de un gran poder de percepción, sabía analizar al golpe de vista las condiciones operatorias del paciente y medir certeramente las probabilidades de buen éxito. Es hecho indubitable que nadie puede llegar a desempeñar un gran papel en cirugía si no disfruta a la vez de conocimientos profundos de clínica quirúrgica y de la facultad de síntesis indispensable para aplicarlos en un momento dado, en pos de la formación de un criterio quirúrgico apropiado. Es así como, con justísimas razones, en la conciencia pública vino a afirmarse el concepto de que no podía discernirse a ciencia cierta que fuera más notable en el maestro, si sus dotes como cirujano o sus capacidades de clínico famoso.

El significado trascendental de su labor profesoral, como la de todos los grandes maestros de nuestra facultad en este siglo solamente puede justipreciarse meditando en el alcance de su obra constructiva.

Del marasmo en que quedó sumido el país, a raíz de nuestra última contienda civil, esos maestros fueron extrayendo paulatinamente los frutos cada vez mejores de las simientes de ciencia, de estudio y de investigación, que sembraron en terreno exhausto, que fueron regando con su esfuerzo y su constancia y fertilizando con su ejemplo, hasta convertirlo en la hermosa realidad que hoy podemos presentar con justo orgullo, ya que nuestra Facultad tiene muy poco que envidiar a los más salientes institutos de su especie en el viejo y en el nuevo mundo, por la importancia y seriedad de sus estudios, por el brillante cuerpo de su profesorado y por la selección de su núcleo estudiantil, que ha sido siempre el nervio de toda la inquietud, intelectual y revolucionaria en el país.

Al colocar la efigie del Maestro en este lugar, la Facultad de Medicina cumple con uno de sus más gratos deberes. Desde el sitio que ocupa su figura bondadosa y austera seguirá vigilante y serena el ritmo evolutivo que llevará adelante su obra trascendente; observará el desfile de las generaciones que oyeron su palabra y tuvieron el auxilio de su ejemplo y recibirá de ellas el tributo merecido de su admiración, su cariño y su respeto.